

Cervantes, que debía de conocer muy bien á su antagonista, no quiso darnos más indicio de su persona, sino que probablemente era aragonés porque *tal vez escribe sin artículos*. Sobre estos provincialismos de Avellaneda habría mucho que decir, y desde luego los mismos aragoneses no están de acuerdo (1). El comentar Pellicer, que era de aquella tierra, cita como aragonesismos de Avellaneda las frases «*en salir de la cárcel*» por «*en saliendo de la cárcel*», «*á la que volvió la cabeza*» por «*en volviendo la cabeza*»; la voz «*mala gana*» por «*desmayo*», y el uso del impersonal en ejemplos tales como *mire, oiga, perdone*. Este último uso nada prueba, por ser común en muchas partes de España y de América, y los otros tampoco prueban mucho, por ser más bien solecismos y descuidos de dicción, que verdaderos provincialismos.

El antiguo y benemérito catedrático de Literatura de la Universidad de Zaragoza, D. Jerónimo Borao, en su útil y curioso *Diccionario de voces aragonesas* (cuya primera edición es de 1859), restringe todavía más el número de formas regionales que pueden

(1) Como este punto del lenguaje ha sido tratado magistralmente por el Sr. Morel-Fatio, al dar buena cuenta del libro del Sr. Gréoussac, reservo para más adelante el extractar sus razones.

encontrarse en el léxico y en la gramática del falso Avellaneda. Como palabras sueltas cita sólo (y con muchas y justificadas dudas respecto de algunas) las siguientes: *zorriar, repapo, respostona, buen recado, malvasía y mala gana*, en el sentido de *desmayo* («*una mala gana que le había sobrevenido en Zaragoza*»).

Algunos barbarismos puestos de intento en boca de Sancho, no pueden ser considerados como provincialismos de ninguna parte. Pero es cierto que el autor, hasta cuando habla por su cuenta, propende á ciertos modos incorrectos, ó excesivamente elípticos, de que pueden servir de ejemplo los dos siguientes: «*á la que llegó*», en vez de «*cuando llegó*» ó «*á la hora en que llegó*»; «*en despertar*», esto es, «*cuando despertó*».

Suele omitir también, pero no con tanta frecuencia que esto pueda considerarse como marca distintiva de su estilo, los artículos y las preposiciones, diciendo, v. g.: «*cerca los muros*», «*delante el monasterio*», «*haciendo toda resistencia que podía*».

Como se ve, los indicios gramaticales no pueden ser más débiles, y si no hubiera otros para tener por aragonés á Avellaneda, no sería yo ciertamente quien se atreviese á afirmar su patria. La afirmo sólo bajo la fe de Cervantes, que me parece imposible que la

ignorase, á pesar de la forma un tanto dubitativa en que se expresa.

Lo que no tiene fundamento sólido es el capricho de Pellicer, Clemencín y otros muchos, empeñados en que el autor del falso *Quijote* no pudo ser otro que un fraile dominico. Los motivos que se han alegado para tal conjetura no pueden ser más fútiles, y lo que verdaderamente pasma es la docilidad con que casi todos los cervantistas han pasado por ellos. Que el encubierto autor cita con elogio á Santo Tomás y la *Guía de pecadores* de Fr. Luis de Granada: que recomienda en varios pasajes la devoción del Santo Rosario: que en el cuento de *Los felices amantes* (cuyo asunto es el mismo que el de *Margarita la tornera*), se manifiesta muy enterado de la vida interior de los conventos de monjas, lo cual hace presumir que fué confesor de ellas. Las obras de Santo Tomás constituían en el siglo xvii el fondo de la enseñanza teológica y filosófica, y todo el mundo las citaba continuamente, como hoy mismo las citan y estudian muchos que no son dominicos, ni eclesiásticos siquiera. Las obras ascéticas de Fr. Luis de Granada corrían en manos de todas las gentes piadosas, y hoy mismo, afortunadamente, corren en muchas, de lo mejor y más sano de nuestro pueblo, á despecho de los devotos y de-

votas traducidos del francés, que no encuentran elegante el hacer sus lecturas espirituales en lengua castellana. Finalmente, lo que Avellaneda dice de los conventos de monjas, nada tiene de misterioso ni de recóndito, nada que no pudiera saber el escritor más lego de aquellos tiempos en que el siglo y el claustro no formaban dos mundos aparte, sino que vivían en relación íntima y de todos los días.

Toda esta cadena de suposiciones gratuitas, admitidas como en autoridad de cosa probada, han servido para adjudicar sucesivamente el *Quijote* de Avellaneda á cuatro diversos frailes dominicos, que á mi entender estuvieron libres de toda participación en él, lo cual no deja de importar para el decoro literario de su orden, que poco ganaría con añadir al catálogo de sus glorias el nombre de tan sucio aunque ingenioso escritor. Siquiera el gran novelista Mateo Bandello, que fué dominico y además obispo, compensa ampliamente las licencias de su pluma con la fertilidad prodigiosa de su invención, en cuyo raudal bebieron Lope y Shakespeare, y con el interés y fuerza patética de muchas de sus narraciones. Pero ciertamente que á Avellaneda no le alcanzan tales disculpas.

De estos candidatos, el que mayor número de sufragios y más respetables ha reunido es

Fr. Luis de Aliaga, confesor de Felipe III, é inquisidor general, hombre intrigante y codicioso, de quien en todas las crónicas y relaciones de su tiempo y muy señaladamente en los *Grandes anales de quince días*, de don Francisco de Quevedo, puede hallarse larga y poco honorífica memoria. Este nombre, echado á volar por Gallardo, según creo; aceptado por D. Adolfo de Castro en la primera edición de su *Buscapié* (1848), y por Rosell al reimprimir el falso *Quijote* en la colección de Rivadeneyra; y defendido luego con todo el portentoso aparato de su erudición é ingenio por D. Aureliano Fernández Guerra, ha sido generalmente aceptado sin discusión, y apenas sé que nadie haya impugnado directamente tal hipótesis, salvo don Francisco María Tubino en un libro que fué muy poco leído, aunque merecía serlo (1).

Pero yo, salvando todos los respetos debidos á cuantos han esforzado esta opinión, y

(1) *Cervantes y el Quijote. Estudios criticos.* Madrid, 1872. Este libro contiene la mejor impugnación que hasta ahora se ha hecho de la hipótesis de Aliaga. Ni yo, ni el Sr. Groussac (me nombro antes porque así lo exige el orden cronológico) hemos añadido nada de particular á esta demostración irrefutable, á pesar del énfasis con que el escritor francés anuncia que su análisis va á derramar mucha luz sobre los extravíos de la crítica española contemporánea. Tubino, á quien paso á paso sigue, era tan español como los demás eruditos (la mayor parte ya difuntos) á quienes el señor Groussac insulta sin ton ni son.

muy especialmente á la dulce y venerable memoria de D. Aureliano, á quien siempre acaté como maestro en este y en otros ramos de erudición española, no puedo menos de declarar que todos los argumentos encaminados á establecer la identidad entre Fr. Luis de Aliaga y el autor del *Quijote* de Avellaneda, nunca me han convencido ni mucho ni poco. Estos argumentos, reduciéndolos á forma descarnada, son los siguientes:

a) «El autor del falso *Quijote* era aragonés como fray Luis de Aliaga.» Concedido.

b) «Era dominico como Aliaga.» Esto no se ha probado hasta ahora, ni es fácil probarlo.

c) «A Aliaga se le daba en su tiempo el mote de *Sancho Panza*, según parece por unas décimas satíricas del conde de Villamediana contra los privados de Felipe III.

Sancho Panza, el confesor
Del ya difunto monarca...»

Supongamos que esta cita aislada, que puede ser un caprichoso desahogo del poeta satírico, tiene valor general, y que efectivamente en 1621 era cosa corriente apodar *Sancho Panza* al confesor del ya difunto Felipe III. Cuál fuese la razón del mote lo ignoramos: no sería en verdad la semejanza física, puesto que de Aliaga dice Quevedo que era *de buena*

estatura, color turbio y de facciones robustas. Pudo ser más bien la condición moral, puesto que añade nuestro gran satírico que *Aliaga en la privanza fué lo que le mandaron*, es decir, que había nacido para escudero, del duque de Lerma ó de cualquier otro. Pero fuese cual fuese el motivo ó el pretexto del apodo, le quita todo valor para el caso la circunstancia de aparecer solamente en una sátira de 1621, es decir, diez y seis años después de haber comenzado á pasearse triunfalmente por el mundo Sancho y su rucio. Todo se reduce, pues, á que á Aliaga se le dió, á lo menos por la maligna sátira de Villamediana, un sobrenombre burlesco, derivado del libro más popular entre cuantos libros de imaginación se habían compuesto en España. Ni tampoco Sancho y su asno fueron enteramente inventados por Cervantes: en la tradición popular los encontró, como todo grande artista ha encontrado la materia primera de sus más geniales y profundas creaciones. Véase, en prueba de ello, cierta especie contenida en un libro que todo el mundo cita, pero que pocos han leído entero, á pesar de las sabrosas noticias de costumbres y curiosidades de lengua que, en medio de sus desvaríos etimológicos, contiene. Me refiero al *Tesoro de la lengua Española*, de D. Sebastián de Covarrubias, im-

preso en 1611 (cinco años después de la primera parte del *Quijote*), pero escrito mucho antes, como de sus preliminares se infiere. En este libro, pues, se lee la siguiente declaración del proverbio «*Allá va Sancho con su rocino*. Dizen que este era un hombre gracioso, que tenía una aca, y donde quiera que entraba la metía consigo; usamos deste proverbio quando dos amigos andan siempre juntos.»

d) «El embozado autor de la continuación del *Quijote* tuvo que ser el mismo que con el seudónimo de *Don Juan Alonso Laureles, caballero de hábito y peón de costumbres, aragonés liso y castellano revuelto*, publicó en Huesca, en 1629, la *Venganza de la lengua española*, contra el *Cuento de Cuentos* de Quevedo; y este papel se atribuye tradicionalmente á Fr. Luis de Aliaga.»

Aquí se comete un círculo vicioso, y además un error cronológico. Yo no tengo inconveniente en admitir, por los indicios que luego expondré, que el autor del *Quijote* de Avellaneda y el de la *Venganza* sean uno mismo, á pesar de la diferencia de estilo y méritos que hay entre ambos escritos, tan importante el primero como baladí y despreciable el segundo. Pero lo que resueltamente afirmo, es el que el P. Aliaga no pudo ser autor de la *Venganza*, porque murió en 1627,

y el *Cuento de Cuentos* no apareció hasta 1629. Además, en la *Venganza* se citan ya, como impresos, los *Sueños* del inmortal satírico, que no corrieron de molde hasta 1627. Hay que descargar, por consiguiente, á Aliaga de este segundo pecado literario, que sin razón alguna se le imputa.

¿Y de dónde habrá nacido la extraña idea de suponer tan asiduo cultivo de la literatura amena en un personaje de quien no consta que tuviese siquiera aficiones literarias? Es cierto que Latassa le incluye en su *Biblioteca de escritores aragoneses*, pero sólo para decir que escribió *diferentes cartas sobre asuntos útiles*, y algunas *alegaciones, memorias y consultas* como inquisidor general, nada de lo cual parece que llegó á imprimirse. Con tan amplio criterio (y de esto hay mucho en nuestras bibliografías provinciales), todo el que sabe leer y escribir resulta, por lo menos, *autor de cartas*, y puede abultar con su nombre estos farragosos índices, que serían mucho más útiles si se les cercenase la mitad de su volumen.

¿Pero el escribir cartas, sermones y alegatos, como por razón de su oficio había de hacerlo Aliaga, tiene nada que ver con la composición de una obra de puro ingenio y fantasía, que no es el pasatiempo de un aficionado, sino el fruto bastante maduro de las

vigilias de un hombre de letras? ¿Hemos de suponer, sin ninguna prueba extrínseca, que todo un inquisidor general (1) confesor regio y poderoso valido del monarca, entretuviera sus ocios, que no debían de ser frecuentes, en componer con todo esmero una larga novela, en que lo de menos es el desquite personal contra Cervantes (á quien, fuera del prólogo, sólo se alude en muy contados pasajes del libro), y lo principal es la fábula misma, las aventuras de D. Quijote y Sancho, tejidas con más ó menos arte?

Cierto que el caso no es imposible; y de otros más raros habla la historia. El cardenal Richelieu, por ejemplo, se divertía en componer, á lo menos en colaboración, malas tragedias, y hacía que sus colaboradores censurasen las buenas. Pero el fundador de la Academia francesa tenía otras necesidades intelectuales que el vulgarísimo Aliaga, y con mejor ó peor gusto, comprendía la importancia del arte literario y á su modo procuraba fomentarle. ¿Dónde hay el menor indicio de que Aliaga pensara nunca en tales cosas, ni tuviese ningún género de relación con

(1) No lo fué hasta 1618, y tuvo que renunciar el cargo en 1621; pero desde 1608 ocupaba el regio confesonario y un puesto en el Consejo de la Suprema Inquisición. Había sido propuesto nada menos que para el Arzobispado de Toledo, pero le renunció en obsequio al Cardenal Infante D. Fernando.

los grandes ingenios de su tiempo, á quienes acaso no conoció ni aun de vista y á cuyas querellas permaneció seguramente ajeno? Si Cervantes le hubiera ofendido (cosa de todo punto improbable, porque Cervantes no cultivó jamás la sátira política, única que podía herir á Aliaga, como le hirió con la pluma del conde de Villamediana), ¿no tendría á mano el iracundo y poderoso fraile medios más rápidos y eficaces de venganza que el continuar ó parodiar con tanta flema la obra de su enemigo, empezando por cubrirse el rostro con triple máscara?

Nada quiero decir de los *sendos manojos de aliagas*, que los muchachos de Barcelona encajaron á Rocinante y al rucio al entrar en aquella ciudad, según se escribe en la segunda parte auténtica; porque para ver aquí alusión de ningún género se necesita estar ya preocupado por la teoría que combato.

Prescindiré también de la conjetura que hace años apuntó D. Adolfo de Castro sobre Fr. Alonso Fernández, elegante historiador de la ciudad de Plasencia. La conformidad de su nombre verdadero con la primera parte del seudónimo de Avellaneda y el haber sido dominico y fervoroso propagador de la devoción del Santo Rosario, son los únicos é insubsistentes apoyos de esta sospecha, que indirectamente queda refutada ya.

Dominico era también, y más abonado para achacarle la paternidad de la misteriosa novela, el leonés Fr. Andrés Pérez que, según tradición de su Orden, registrada por Nicolás Antonio, fué el verdadero autor del *Libro de entretenimiento de la Pícara Justina*, impreso con nombre del Licenciado Francisco López de Ubeda, en 1605, precisamente el mismo año que la primera parte del *Quijote*, que el autor de la *Justina* conocía ya impresa ó manuscrita, puesto que se refiere á ella en unos versos cortados, los cuales también parecen de imitación cervantesca:

Soy la reina de Picardí-
 Más que la ruda conoci-
 Más famo- que doña Oli-
 Que Don Quijo- y Lazari-

Si esta rara circunstancia de haber sido el primero en mencionar el *Quijote* (1) cuando apenas acababa de salir de las prensas ó estaba aún en la oficina de Juan de la Cuesta, puede inducir á sospechar que el embozado fraile estaba por entonces en las confidencias literarias de Cervantes, no hay duda que después de la publicación de *La Pícara Justina* (2) cayó enteramente de su gracia y

(1) Antes lo había hecho Lope de Vega, pero en carta familiar, y no descubierta hasta nuestros días.

(2) Y no el *Pícaro Justino*, como dice el Sr. Groussac (p. 100), confundiendo además el libro con su autor, puesto que le llama personaje sin importancia.

amistad, puesto que es una de las rarísimas víctimas literarias que sin contemplaciones inmoló Cervantes; uno de los pocos á quienes no alcanzó su inagotable benevolencia en el *Viaje del Parnaso*, donde el Licenciado Ubeda figura entre los que capitaneaban el escuadrón de los poetas chirles:

Haldeando venia y trasudando
El autor de *La Pícará Justina*,
Capellán lego del contrario bando.
Y qual si fuera de una culebrina
Disparó de sus manos un librazo
Que fué de nuestro campo la ruína.

Y como luego se indica el temor de que el contrario *dispare otra novela*, no ha faltado quien sin más averiguación la identifique con el *Quijote* de Avellaneda; opinión que, si no parece tan absurda como otras, atendiéndolo sólo á estos indicios exteriores, resulta de todo punto inadmisibile cuando se leen juntas una y otra producción, tan semejantes entre sí, que nadie por muy estragado que tenga el paladar crítico, puede, sin evidente dislate, suponerlas de la misma mano. El que escribió *La Pícará Justina* era hombre de poca inventiva, de perverso gusto y de ningún juicio, y en este concepto mereció la sátira de Cervantes, pero poseía un caudal riquísimo de dicción picaresca, y

una extraña originalidad de estilo, en la cual cifraba todos sus conatos, esforzándose siempre por decir las cosas del modo más revelado posible, con mucho lujo de colores chillones y de abigarradas y grotescas asociaciones de ideas y de palabras, atento siempre á sorprender más que á deleitar, y más á lucir el ingenio propio que á interesar al lector con el insulso cuento de las aventuras de su heroína. De este modo consiguió hacer un libro estrafalario, oscuro y fastidioso, que pasa por muy libre entre los que no le han leído, aunque quizá no le haya más inofensivo en toda la galería de las novelas picarescas.

En este monumento de mal gusto, todas las cosas están dichas por los más interminables rodeos; y las descripciones, muy curiosas por otra parte, que el libro contiene, de la vida popular en León y comarcas limítrofes, yacen ahogadas bajo tal profusión de garambainas, paranomasias, retruécanos, idiotismos, proloquios familiares, alusiones enmarañadas, y pedanterías de todo género, que el libro se convierte en un *rompecabezas*, y á ratos parece escrito en otra lengua diversa de la castellana, no ciertamente porque el autor la ignorase, sino al revés, porque sabiéndola *demasiado* (si en esto cabe exceso), pero careciendo de discreción y

gusto para emplearla, derrama á espuestas su diccionario, y quiere disimular su indignancia de pensamiento con el tropel y la orgía de las palabras. Era lo que hoy llamaríamos un *decadente*, pero tuvo la desgracia de nacer antes de tiempo y no formó escuela. Lo más tenebroso de Quevedo y Gracián parece diáfano en comparación con esta interminable charada novelesca, que afortunadamente no pasó del primer tomo, pero que según el plan de su autor, debía tener muchos más.

Tal era el estilo que en sus obras de amenidad gastaba el demasiado ingenioso dominico de León (1). Cotéjese una sola página

(1) Dos documentos hallados y publicados en 1895 por D. Cristóbal Pérez Pastor en su libro *La Imprenta en Medina del Campo* (p. 478, vol. 2.º) prueban, la existencia real del licenciado Francisco López de Ubeda, médico, natural y vecino de la ciudad de Toledo. Uno de estos documentos es la capitulación de dote con su mujer D.ª Jerónima de Loaisa, en 2 de Febrero de 1590. (Véanse las observaciones de R. Foulché-Delbosc, *Revue Hispanique*, 1893.)

No creo que por este hallazgo pueda rechazarse de plano la antigua tradición consignada por Nicolás Antonio. *La Picara Justina* deja en el ánimo de todo el que la lee la impresión de que el autor era leonés, no precisamente por el lenguaje, sino por el conocimiento profundo que manifiesta de las costumbres de aquella tierra. Pudo muy bien el toledano Francisco López Ubeda adquirir este conocimiento mediante larga residencia en León y su montaña, pero tampoco sería único el caso de haberse publicado la obra de un autor con nombre de otra per-

suya con otra cualquiera del *Quijote* de Tordesillas, y el pleito quedará fallado sin apelación. No puede haber dos estilos más opuestos. Los defectos de Avellaneda son precisamente defectos contrarios á los de *La Picara Justina*. Avellaneda es vulgar muchas veces, flojo y desaliñado otras, pero llano y transparente siempre. Dice lo que quiere decir, con giros de la lengua de todo el mundo, sin afectaciones ni retorceduras de ninguna clase. Sabe contar, sabe inventar chistosos incidentes y peripecias agradables, sabe ligar sus narraciones y graduar el interés de ellas. Es un novelista mediano, pero estimable en su línea. Fr. Andrés Pérez nada sabe de esto: toda su riqueza consiste en palabras: sus cuentos no tienen pizca de gracejo, ni siquiera de aquella especie ínfima y chabacana, que en Avellaneda abunda tanto: sus narraciones lentas y desgarradas infunden sueño: su continua pretensión de agudeza y brillantez le hace romper el hilo á cada momento; y por último, no hay en todo el libro arte de composición, ni siquiera rastro de él. Tampoco se puede decir que ambos autores

sona real. Nadie duda, por ejemplo, de que el P. Isla sea verdadero autor del *Fr. Gerundio de Campaças*, aunque por buenos respetos le imprimió con el nombre de su amigo D. Francisco Lobón de Salazar, cura de Villagarcía de Campos.

se asemejen en sus infracciones á las leyes de la decencia artística y moral. Avellaneda es un escritor continuamente sucio, y algunas veces torpe y libidinoso. Fr. Andrés Pérez, si se prescinde de algunas lozanías de expresión, toleradas entonces en todo género de libros de recreación y pasatiempo, es un escritor honesto y comedido, que habrá fastidiado á mucha gente, pero que de seguro no ha inducido á mal pensamiento á nadie, á pesar del título sospechoso de su libro, y de los encarecimientos y cautelas de su prólogo. Así no nos maravilla que, vencidos los hervores de la juventud, que nunca debieron de inquietarle mucho, pasara sin brusca transición desde la vida de la mesonera de Mansilla, hasta la de San Raymundo de Peñafort, y á la confección de varios tomos de sermones, que no he leído, pero que si están en el raro estilo de su prosa novelesca, serán dignos antecedentes de los del *Florilégio sacro*.

Todo el mundo conoce por la información que Cervantes hizo en Argel para su rescate, la siniestra figura del doctor Juan Blanco de Paz, «natural de la villa de Montemolín, »junto á Llerena, que dicen haber sido frayle »profeso de la Orden de Santo Domingo en »San Esteban de Salamanca.» Este odioso personaje, que quizá no había vestido nunca

el hábito de la gloriosa Orden de Predicadores, ni tenía tampoco el carácter de comisario del Santo Oficio que se atribuía, delató al rey Azán el proyecto de fuga de Cervantes, después de haberse hecho dueño de su secreto con mentidas protestas de amistad; y le persiguió y calumnió de otros varios modos. Nada más se sabe de tan abominable sicofanta, que probablemente moriría empalado en Argel ó remando en galeras bajo el látigo de algún cómitre, como de sus hazañas podía esperarse. Pero esto ha bastado para que primero Ceán Bermúdez, aunque muy de pasada, y luego con más ahinco Benjumea, antes de inclinarse en su último libro á Fr. Andrés Pérez, hayan visto en el *Quijote* tordesillesco una nueva venganza de Blanco de Paz contra Cervantes. ¿Y por dónde sabemos que Blanco de Paz viviera todavía en 1614? ¿Y por dónde podemos inferir que fuera capaz de componer ningún libro malo ni bueno? ¿No tendría Cervantes en toda su vida más émulos que aquel indigno clerizonte á quien se hace demasiado favor con suponerle capaz de otra cosa que de viles delaciones? El autor del falso *Quijote* era un literato envidioso, mal criado y atrabiliario, que ofendió sin mesura ni decoro las honradas canas de Cervantes, pero sería grande injusticia confundirle con un malvado de la

ralea de Blanco de Paz, que hartaba de bofetones y de coces á los frailes redentores, y vendía á los infieles, por un escudo de oro y una jarra de manteca, las cabezas de sus compañeros de cautiverio. Creamos, por honor de las letras y de la naturaleza humana, que en tan bestial sujeto no podían anidar más que groseros apetitos, y que jamás la luz del arte iluminó su mente depravada y cavernosa. En vano Benjumea, aquejado de una especie de manía persecutoria, y sospechando por todas partes *mano oculta* en la biografía de Cervantes, se empeña en dar á tal personaje, que sólo un momento interviene en ella, proporciones trágicas que nunca tuvo, viendo detrás de él el misterioso poder del Santo Oficio, empeñado en aniquilar la obra *liberal* de Cervantes, sustituyéndola con otro *Quijote «ortodoxo»*. Tan ridículas cavilaciones, que apenas llega uno á creer que hayan sido expuestas en serio, tienen por única confirmación pueriles anagramas, leyendo, por ejemplo, donde dice *Alonso López de Alcobendas «Esto es lo de Blanco de Paz,»* con lo cual el delator de Argel resulta identificado *ipso facto* con el maltrecho bachiller de la aventura del cuerpo muerto. Verdad es que en otra parte *Blanco de Paz* es el caballero de la *Blanca Luna*, y es finalmente... la propia ciudad de Barcelona, cuyo

nombre se descompone en el sistema de Benjumea de este modo: «*Blanco era.*»

Pero dejando al sutilísimo comentador enterrado bajo el peso de sus anagramas y *comentarios filosóficos*, donde son tantas las agudezas como los desbarros, conviene fijarnos en aquellos críticos que, abandonando el trillado sendero de dar por cosa probada ó probable que el continuador del *Quijote* era dominico, han sacado á plaza nombres de famosos escritores del siglo xvii, con quienes se supone enemistado á Cervantes por una razón ú otra.

El primero de ellos es Bartolomé Leonardo de Argensola, aragonés como Avellaneda, descuidado ó tibio amigo de Cervantes, que se queja en el *Viaje del Parnaso* de sus cortos oficios cerca del conde de Lemos, y á quien algunos suponen retratado satíricamente en el capellán de los duques, á quien da tan fiera y elocuente reprensión Don Quijote cuando por primera vez se sienta á su mesa.

Fácil es refutar tan débiles presunciones. Antes y después de 1614, nunca habló Cervantes de los Argensolas sino en términos del más sincero elogio, como podía esperarse de su buen gusto, tratándose de los dos poetas más correctos y clásicos de su tiempo. Hasta por similitud de principios literarios debían

de serle gratos, y sin duda por eso, en la primera parte del *Quijote*, donde el teatro popular de Lope está atacado de frente, logran desmedida alabanza las débiles tragedias de Lupercio. La queja que hay contra los dos hermanos en el *Viaje del Parnaso*, aunque amarga en el fondo, es blanda y amistosa en la forma, y no pasa de ser un recordatorio de antiguas promesas no cumplidas:

Que no sé quien me dice y quien me exhorta,
Que tienea para mí, á lo que imagino,
La voluntad, como la vista, corta.

Pues si alguna promesa se cumpliera
De aquellas muchas que al partir me hicieron,
Vive Dios que no entrara en tu galera.

Mucho esperé, si mucho prometieron.
Mas podrá ser que ocupaciones nuevas
Les obligue á olvidar lo que dijeron.

Cervantes, pues, en 1614 tenía motivos de queja contra los Argensolas por no haberle éstos llevado en su compañía á Nápoles, como le prometieron. Sin duda por la misma razón, rompiendo esta sola vez con la costumbre iniciada en las *Novelas Ejemplares* de dedicar todos sus libros al conde de Lemos, enderezó el *Viaje* á un D. Rodrigo de Tapia. Pero ni el conde de Lemos le retiró su protección, que no sabemos hasta dónde se extendía, pero que algo había de valer á

juzgar por el afectuoso agradecimiento con que siempre habló de ella Cervantes, hasta en su lecho de muerte, cuando ya era inútil la lisonja; ni hemos de creer que los Argensolas, que tanto influían en su ánimo, y que eran los verdaderos dispensadores de sus mercedes literarias, fuesen extraños á esta buena disposición de su señor y Mecenas, reparando así de algún modo su antiguo pecado de negligencia y olvido.

Además Bartolomé Leonardo, aunque familiar y protegido de los duques de Villahermosa, nunca fué capellán suyo, sino *rector*, esto es, cura párroco del pueblo de Villahermosa en el reino de Valencia, lo cual es bastante diverso. Y por otra parte, no está probado que los duques de la Segunda Parte sean los de Villahermosa, como creyó Pelli- cer, ni los de Híjar, como sostuvo D. Aureliano; y yo más me inclino á que no son ni unos ni otros, sino más bien una personificación de la aristocracia aragonesa de aquel tiempo, con rasgos tomados de diversos magnates, pero sin aludir á ninguno en particular. En caso de alusión directa, ¿cómo se hubiera atrevido Cervantes, sin nota de insolente y descomedido, á poner, aunque fuese en boca de la maldiciente dueña doña Rodríguez, aquello de *las fuentes de la duquesa*? Tales libertades no las toma el novelista más

que con personajes enteramente imaginarios, y en que nadie ha de ver retratadas al vivo sus flaquezas.

El pasaje relativo al capellán está en la segunda parte, y por consiguiente, se imprimió después del *Quijote* de Avellaneda; pero no puede aludir á su autor, porque cuando Cervantes llegaba á aquel punto de su narración no tenía aún conocimiento de la segunda parte apócrifa, de la cual sólo empieza á hablar en el cap. 59, donde para huir de las huellas de aquel *falso historiador* cambia repentinamente el plan de su libro, y decide llevar á su héroe á Barcelona y no á las justas de Zaragoza, como hasta entonces venía anunciando.

Pero la principal razón que yo tengo para no admitir ni por un momento la atribución al Rector de Villahermosa, es el contraste evidente y palmario entre la prosa de Avellaneda, expresiva y abundante, pero desaliñada, y con muy poco sabor de erudición ni de buenas letras, y la prosa de Bartolomé Leonardo de Argensola, cultísima, pulquérrima, quizá en demasía acicalada y pomposa, pero siempre rotunda y noble, como vaciada en moldes clásicos por uno de los ingenios españoles más penetrados del espíritu del Renacimiento y más hábiles para aclimatar en nuestra lengua las bellezas de los antiguos.

Confundir una página de la *Conquista de las Molucas* con otra del *Quijote* de Avellaneda, sería dar la más insigne prueba de ineptitud y de mal gusto. ¿En qué escrito de Argensola podrán encontrarse los provincialismos, vulgarismos y solecismos que en el libro de Avellaneda se han notado? Aragoneses eran uno y otro, pero ya dijo Lope de Vega, y la posteridad lo ha confirmado, que Argensola vino de Aragón á enseñar la lengua castellana. ¿Cómo el grave moralista había de caer en las torpezas que desdoran el libro de Avellaneda? ¿Cómo el delicado imitador de la culta urbanidad y suave filosofía de las epístolas y sermones horacianos, había de complacerse en los bestiales regodeos por donde corre desenfrenado el villano gusto de Avellaneda?

Más valedores cuenta la opinión de los que quieren hacer á Lope de Vega el triste regalo de este libro, que nada añadiría á su gloria y que rebajaría en gran manera su carácter moral, que ciertamente no fué irreprochable, como tampoco el de Shakespeare, sin que por eso dejen de ser uno y otro los más grandes poetas dramáticos del mundo. La crítica biográfica es ciertamente útil, pero debe contenerse dentro de sus racionales límites, y no invadir el terreno de la apreciación estética, la cual no recae sobre las